

EL VALOR DE LA DIGNIDAD

Conferencia pronunciada el 4 de marzo de 2015 por Isabel San Sebastián dentro del ciclo “España y sus valores” organizado por la Fundación Villacisneros y el Casino de Madrid.

Es un honor estar aquí, con María San Gil, una de las mujeres a quienes más he admirado, amiga, compañera de trinchera... Uno de los regalos que me ha hecho Jaime Mayor, a quien tanto debo y tanto tengo que agradecer.

En la dedicatoria de su libro Jaime Mayor Oreja me decía:

“CONFIO Y ESPERO QUE NO NOS DEFRAUDEMOS NUNCA, NI EN NUESTRA ACTIVIDAD POLÍTICA Y PERIODÍSTICA, NI MUCHO MENOS COMO PERSONAS”

Él ha cumplido. Nunca me ha defraudado (y cuento con los dedos de una mano las personas que pueden decir lo mismo en política. Que por cierto, están hoy aquí)

Es un ejemplo de coherencia. Una excelente representación de la dignidad, esa cualidad en vías de extinción sobre la que les propongo reflexionar un rato con todos ustedes.

Ahora que, con angustia y terror , volvemos a oír hablar de cabezas cristianas cortadas decorando las ciudades conquistadas por los guerreros de Alá, voy a hacer honor a mi oficio de periodista y escritora, es decir, contadora de historias, apoyándome en una historia que empieza a transcurrir hace mil doscientos años, en lo más profundo de la Edad Media, cuando los estandartes musulmanes ondeaban en todas las torres de Hispania, desde la roca de Calpe, rebautizada por los conquistadores moros como montaña de Tariq o Gibraltar, hasta el Finis Terrae, y desde Mérida o Málaga hasta Pamplona y Barcelona.

He dicho Hispania, porque, a pesar de que algunos se empeñan hoy en afirmar otra cosa faltando descaradamente a la verdad histórica, a pesar incluso de que en tiempos como los actuales pudiera parecer otra cosa, Hispania, o España, ya existía como entidad propia desde la época de la conquista romana y siguió siendo una realidad bajo el dominio visigodo, con una lengua común, una moneda llamada Tremis de oro de curso legal en toda la península, una administración única y una capital situada en Toledo, cuyo esplendor, por cierto, nada tenía que envidiar a la mayoría de las ciudades de su tiempo.

España, esa patria común de todos los españoles a la que yo aprendí a amar desde la añoranza y siento como algo profundamente mío; esa patria que me

duele, como le sucedía a mi paisano don Miguel de Unamuno; esa gran patria escarnecida una y otra vez por gobernantes indignos, era ya entonces algo muy parecido a una Nación, que sobrevivió a la invasión musulmana y se empeñó en resucitar a lo largo de ocho siglos, con esa aventura hoy denostada y sin embargo magnífica que ha dado en llamarse Reconquista.

LO QUE DECÍA JOSEPH PEREZ sobre España, única nación de Europa que pelea durante ocho siglos por ganarse el derecho a serlo.

¿Por qué les cuento todo esto? ¿Qué tiene que ver esa España con ésta? Mucho! Y si, por casualidad, quisiéramos aprender algo de la historia, nos ahorraríamos muchos errores...

España es el escenario en el que se sitúan la mayoría de mis libros. Es el escenario de mis novelas históricas, desde La Visigoda hasta Un Reino Lejano, que tratan de contar una historia lamentablemente olvidada o tergiversada y que al mismo tiempo, y esto es fundamental, pretenden recuperar algunos valores hoy despreciados, como el de la dignidad, patrimonio de las mujeres y los hombres a cuyo sacrificio y determinación debemos el privilegio de ser una parte soleada del privilegiado mundo occidental, democrático y libre. Y es también el escenario de mis ensayos más sentidos: Los Años de Plomo, que recoge la memoria de las víctimas olvidadas del terrorismo; La biografía de Jaime Mayor Oreja, el hombre que venció al miedo, o la de Eduardo Fungairiño, fulminado de la Audiencia Nacional por José Luis Rodríguez Zapatero como paso previo a su vergonzosa y vergonzante negociación con ETA.

España, sus héroes y sus villanos, sus sombras y su dignidad son una fuente inagotable de inspiración, se lo aseguro. También de decepción a veces, demasiadas veces, debería decir, si no fuese por la esperanza que alumbran algunas gentes jóvenes decididas a cambiar las cosas.

¿Estaba más y mejor valorada la dignidad hace doce siglos que hoy? Salvando todas las distancias culturales inherentes a ese salto histórico, que son muchas, yo diría que sí, al menos por parte de las élites intelectuales.

La literatura medieval ensalza el honor, o sea, la dignidad, como una de las virtudes esenciales de la caballería. Una aspiración irrenunciable a la que muchos reyes rindieron tributo, por cierto.

PEDRO II BATALLA DE MURET

Hoy morir en defensa del honor sería considerado un gesto estúpido merecedor del máximo desprecio. Y vivir honrando ese honor, a costa de grandes sacrificios cuando el pensamiento de uno no está en perfecta sintonía con lo políticamente correcto, aboca a la marginación profesional cuando no directamente a la penuria económica.

Si me preguntan hoy qué valor tiene la dignidad, les diré que en el mercado de valores que constituye nuestra referencia casi única; es decir, en términos prácticos, ninguno. En la vida pública, lejos de constituir un plus, es un lastre que impide al 99 por ciento de quienes lo arrastran consigo llegar al vértice del poder. Aquí, sentada a mi lado, tengo un buen ejemplo de lo que digo... Y entre el público, alguno y alguna más...

Entre los méritos valorados por el sistema de cooptación que rige en los grandes partidos políticos no figura la dignidad. Están la obediencia ciega, la sumisión, la mediocridad indispensable para no hacer sombra, la capacidad de adulación y la habilidad para cambiar de opinión al albur de la coyuntura, pero no la dignidad. Ésa, más que sumar, resta.

Y esto, que no es nuevo aunque sí reciente en términos históricos (coincide con el declive imparable de nuestra Nación), parece ser un fenómeno irreversible que enfanga cualquier intento de consolidación verdaderamente democrática.

Los principios que prevalecen en estos tiempos son los marxistas, no de Karl, sino de Groucho; los susceptibles de ser rápidamente sustituidos en caso de que entorpezcan cualquier ambición de poder. “Si no les gustan, tengo otros”

Fíjense lo que escribía nuestro mejor pensador, Ortega y Gasset, hace casi un siglo, y juzguen si se ha cumplido o no el anhelo que formulaba en aquel marzo de 1914:

“la nueva política es menester que comience a diferenciarse de la vieja política en no ser para ella lo más importante la captación del gobierno de España y ser en cambio lo único importante el fomento de la vitalidad de España”...

Mucho me temo que con el breve paréntesis de la Transición, periodo de claroscuros durante el cual al menos hubo generosidad por parte de los dirigentes políticos, esa nueva política guiada por la grandeza de miras y la dignidad, que ansiaba Ortega, aún está por llegar.

¿Alguien oyó pronunciar esa palabra proscrita, “dignidad”, en el último debate sobre el estado de la nación? Yo no. ¿Forma parte del vocabulario oficial? Tampoco. La dignidad no cotiza en el mercado de valores, no está en el Ibex 35, no incrementa ni reduce el déficit y, esto es lo peor, no parece dar ni quitar votos. Consecuencia: No cuenta.

Ojalá que hayamos tocado fondo y alguno de los nuevos partidos que se abre paso en las encuestas sea capaz de revertir esta situación, porque de lo contrario ya podemos dar la democracia por liquidada. No me malinterpreten eh! No estoy pensando en Podemos, que es justamente la manifestación totalitaria y liberticida de lo que viene a sustituir un sistema político podrido hasta los cimientos. Me refiero a las nuevas generaciones de españoles que tienen convicciones, coraje e ilusión suficientes para luchar por hacer realidad sueños regeneradores de este escenario sombrío.

Y es que en el mundo profesional, al menos en el mío, sucede tres cuartos de lo mismo. La integridad personal, la dignidad, de la que tanto hablaremos esta tarde, se ha convertido en un obstáculo difícilmente salvable.

Vean lo que escribía hace unos años Stieg Larsen, ese periodista sueco metido a novelista de éxito que arrasó en las librerías con su trilogía sobre los hombres que no amaban a las mujeres:

“Durante los últimos veinte años, los periodistas de economía suecos se habían convertido en un grupo de incompetentes lacayos que, henchidos de su propia vanidad, carecían del menor atisbo de capacidad de crítica.... Una otra vez, sin el más mínimo reparo, se contentaban con reproducir las declaraciones realizadas por los empresarios y los especuladores bursátiles, incluso cuando los datos eran manifiestamente engañosos y erróneos. En consecuencia, se

trataba de periodistas o tan ingenuos y fáciles de engañar que ya deberían haber sido despedidos de sus puestos, o, lo que sería peor, que conscientemente traicionaban la regla de oro de su propia profesión. La de realizar análisis críticos para proporcionar al público una información veraz. Blomkvist reconocía que a menudo sentía vergüenza de ser llamado reportero económico, ya que entonces corría el riesgo de ser metido en el mismo saco que las personas a las que ni siquiera consideraba periodistas”

Cambien suecos por españoles, periodistas económicos por periodistas a secas y Blomkvist por San Sebastián, y verán resumida mi opinión sobre el momento que atraviesa en estos días el oficio que he servido y amado con todo mi corazón desde hace más de 25 años.

En los últimos 4 años más de 10.000 profesionales de la comunicación han perdido su empleo, lo que constituye, proporcionalmente, un holocausto laboral más acusado aún que el sufrido en el sector de la construcción. En este escenario, la conservación del puesto de trabajo se ha convertido en una prioridad absoluta, ante la cual parecen haber desaparecido cuestiones “menores” (entre comillas) como la honestidad profesional, la obligación de servir a la información, a la verdad y al público, por encima del empresario que paga el sueldo, o la independencia.

O sea, la dignidad profesional.

He de decir en nuestro descargo que nunca sufrimos los profesionales de la comunicación más presiones políticas y económicas que ahora (al menos en el tiempo que yo conozco). Ningún gobierno se mostró más implacable con el disidente, más dispuesto a imponer vetos y exigir sumisión incondicional, que éste (con el disidente de su espectro ideológico, claro; o sea, con los susceptibles de poner al descubierto sus contradicciones). Nunca la crisis azotó de manera tan inmisericorde un sector entero, en todas sus vertientes. A un sector, además, tan estratégico en términos democráticos. Porque sin periodistas y medios libres e independientes, no hay democracia que valga. Algo que tienen muy claro regímenes como el de Maduro en Venezuela, que está liquidando meticulosamente cualquier libertad de prensa, hasta el extremo de forzar al único periódico crítico que todavía resiste a editarse con papel donado por sus colegas americanos.

¿Ha muerto la dignidad? ¡En absoluto! Lo que pasa es que se ha convertido en un lujo carísimo y por consiguiente muy raro.

Como decía Indro Montanelli, uno de los más grandes periodistas de nuestro tiempo a quien tuve el honor de conocer y entrevistar, la independencia siempre es posible, si uno está dispuesto a pagar el precio, que es muy alto. Cada vez más alto. Hoy en día, para muchos, impagable, y para otros, superior a la estima en la que tienen este concepto un tanto etéreo que no se refleja en su cuenta corriente.

Vivimos tiempos oscuros para eso que los economistas llaman “intangibles” y los pensadores, “principios”. A mayor necesidad material, menor exigencia moral, cuando debería ser lo contrario. Cuando la Historia demuestra que sólo desde la exigencia y la virtud se salvan estas situaciones de crisis.

Lo malo es que no aprendemos de la historia y repetimos los mismos errores una y otra vez.

Hay excepciones, por supuesto. Aquí están hoy a mi lado María San Gil y Jaime Mayor Oreja, que hacen honor a los principios que un día se comprometieron a defender. Las encuestas, a su vez, destacan a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado y a las Fuerzas Armadas, con sus millares de caídos en la lucha contra el terrorismo dentro y fuera de nuestras fronteras, como las instituciones mejor valoradas por los ciudadanos.

Hay, lo repito, gente joven y limpia, gente formada, repleta de ideales y dispuesta a luchar por lograr que se materialicen. Yo tengo la inmensa suerte de conocer muy bien a algunos de esos chicos y chicas. Ya les iremos conociendo todos, espero, porque confío en que logren abrirse paso con la ayuda de quienes creemos que otro mundo es posible.

Pero fuera de ahí, en el conjunto de la sociedad, y en particular en la vida pública, la dignidad, concebida como un esfuerzo cotidiano de construcción personal y colectiva, brilla por su ausencia. La dignidad, entendida como la búsqueda honesta de la verdad, la nobleza, el máximo acercamiento posible a lo que un día nos propusimos alcanzar como personas y como sociedad, brilla por su ausencia... Ese sentido de la dignidad es un valor en franco retroceso.

En este mundo terriblemente materialista. En este mundo aferrado a la dictadura del relativismo y a la cobardía. En este mundo que no encuentra causa alguna que merezca la pena defender si con ello se corre el menor riesgo o se ve uno abocado al conflicto... En este mundo nuestro cortoplacista y cómodo, es evidente que la dignidad es una herramienta inútil. Un artilugio propio de tiempos pasados, de novelas de ficción como las que yo escribo, en las que los protagonistas se aferran a los valores de la caballería y ponen su brazo, su mente y su alma al servicio de su Dios y de su rey o su reina.

Fíjense qué cursilada, hablar de caballería en estos tiempos en los que lo que vende millones de ejemplares es el sadomasoquismo narrado con todo lujo de detalles...

Las Cincuenta Sombras de Grey arrasando en las librerías y en las pantallas de cine y yo hablando de viajes interiores en busca del hogar en el que habita lo mejor de nosotros; de batallas campales en nombre de la verdadera fe, de mongoles crueles símbolo de la barbarie que nos acorrala hoy en forma de mentira, violencia y corrupción, de hombres y mujeres de espíritu inquebrantable que se niegan a sucumbir ante ella... Y en mi última novela de lealtad, de fidelidad, de amor incondicional... ¡de memeces, vaya!

ME SIENTO COMO EL DEL CHISTE DE AQUEL QUE VA EN DIRECCION CONTRARIA POR LA AUTOPISTA

A veces pienso si no seré una nostálgica de un pasado que tal vez nunca existiera... y luego me convengo de que sí existió. Quiero creer que existió, al menos en los corazones de los protagonistas de esa Historia con mayúscula de la que tan orgullosos deberíamos sentirnos todos. Estoy convencida de ello y por eso trato de recuperar lo mejor de ese tiempo hoy olvidado. Es más, estoy

segura. Existió en época no muy lejana, porque yo misma tuve ocasión de vivirlo, en compañía de gentes extraordinarias.

Parece que han transcurrido siglos, pero apenas han pasado dos décadas desde que toda una nación se echó a la calle a plantar cara al terrorismo en defensa de la libertad. Luego aquello pasó y vino el apaciguamiento, elevado en muy poco tiempo a la condición de becerro de oro colocado en los altares en compañía del diálogo, convertido en valor en sí mismo, con cualquiera y a cualquier precio.

En coherencia con esa máxima relativista, tan en boga en esta España y en el mundo occidental en general, con alguna excepción honrosa, lo políticamente correcto hoy, el criterio generalmente aceptado por la intelectualidad oficial y no digamos por la clase política, es que ante un conflicto, de la naturaleza que sea, cualquier acuerdo, por claudicante e indigno que resulte, es mejor que un enfrentamiento.

El Estado Islámico avanza imparable. Asistimos a actos terroristas de una brutalidad insoportable, dentro y fuera de Europa. Inermes, impotentes, cobardes.

Aquí, en España, se celebra un referendun de autodeterminación en Cataluña y no pasa nada. Hay miedo al mal mayor como cuando se decía que no podía ilegalizarse a Batasuna.

Qué decir de la provocación constante de los portavoces de ETA en las instituciones sin pedir perdón, sin condenar los crímenes, sin ayudar a esclarecer los trescientos asesinatos que están sin resolver.

Basta ver lo que está ocurriendo con el nacionalismo excluyente, incansable en su traición al espíritu y la letra de la Constitución, y cada vez más crecido frente a una España cuyos dirigentes van cediendo terreno por su incapacidad para plantar cara al desafío, por más que les asista la razón histórica y la legitimidad democrática. Basta ver lo que se consume cada día ante nuestros ojos en materia de lengua, de déficit y hasta de terrorismo, si miramos al País Vasco donde la Ley de Partidos se ha convertido en papel mojado y los portavoces de ETA gobiernan San Sebastián y Guipúzcoa.

El diálogo ha sido elevado a los altares como fin en sí mismo, muy parecido al apaciguamiento que en los años treinta llevó al ascenso del nazismo y a la posterior guerra mundial que devastó nuestro continente. Una actitud cobarde, disfrazada de prudencia, que retrató magistralmente Winston Churchill con aquella sentencia inapelable referida a su predecesor, Chamberlain, y a quienes secundaron su postura claudicante ante Hitler: “Queríais paz a cambio de dignidad, ahora tenéis indignidad y guerra.”

Pero como ya he dicho y repetido, no aprendemos nada del pasado.

Porque esta actitud blanda, adaptable a lo que sea, sumamente tolerante con la coacción, no prevalece únicamente en el terreno de la vida pública, sino que se refleja en buena parte de nuestra vida cotidiana.

No educamos a nuestros hijos por no enfrentarnos a ellos, aunque les convirtamos en unos desgraciados incapaces de aceptar límites o frustraciones. No nos enfrentamos al poder por miedo a perder el puesto, aunque con ello

estemos traicionando ese puesto que decimos defender, como ha ocurrido con muchos asesores de banca que colocaron preferentes a personas que evidentemente no sabían lo que compraban. No nos enfrentamos al jefe que da una orden contraria a toda ética o decencia profesional, porque es el jefe; aunque se comporte como un lacayo.

Podría citar ejemplos con nombre y apellidos en varias radios y televisiones, pero prefiero no hacerlo. Hay que seguir trabajando...

En todo caso, por eso he escrito yo cuatro novelas medievales. Porque disfruto buceando en un tiempo en el que el término HONOR tenía un significado nítido para cualquiera, desde el rey al más pequeño de sus vasallos. (Lo describe maravillosamente Wizinga en un libro que les recomiendo, titulado "El Otoño de la Edad Media".)

Porque envidio un tiempo en el que la palabra que uno daba tenía un valor sagrado; más sagrado incluso que la vida. Igualito que ahora ¿verdad? No hay más que hacer una lectura rápida de los programas electorales con los que concurren los partidos a las últimas elecciones.

Porque admiro un tiempo en el que la valentía era contemplada con admiración y no como sinónimo de locura o tendencia suicida, peligrosa e inútil.

Hubo un paréntesis de recuperación de esos valores aquí también, especialmente localizado en el País Vasco, y yo tuve el honor y el privilegio de participar en cierto modo de él. Un privilegio costoso, no vayan a creer... Que eso de que quieran matarte no resulta precisamente grato, especialmente para tus hijos y demás seres queridos... Pero una oportunidad para sentir que podía contribuir a construir un futuro más digno para esos hijos precisamente. Quienes conocen a María saben que ella y otros como ella hicieron infinitamente más que yo y desde posiciones mucho más expuestas. Pero allí estuvimos, vivimos días de esperanza, plantamos cara al terror y vivimos para contarlo, lo que nos obliga a seguir dando testimonio en nombre de los que no tuvieron esa suerte y han sido traicionados. Los que han pasado a formar parte de ese colectivo hoy molesto, las víctimas del terrorismo, que pasaron de ser héroes a convertirse en lastre, de la noche a la mañana, en cuanto dejaron de ser necesarios porque sus verdugos decidieron deponer (que no entregar) las armas.

De eso también hablo en mis novelas, concretamente en la última, sirviéndome de un coronel de la Guardia Civil retirado cuyas memorias nadie quiere publicar. Les suena ¿verdad? Qué desagradable puede llegar a ser hoy en día para algunos esa memoria que algunos nos empeñamos en mantener viva... Como la Fundación Villacisneros, por ejemplo, a cuyo mentor y presidente, Íñigo, así como a sus hijos. Rocío e Íñigo, reitero mi gratitud por la labor que llevan a cabo.

Y hablando de memoria histórica, la buena, no la que se sacó de la manga José Luis Rodríguez Zapatero para desacreditar la Transición y reescribir a destiempo la Historia, volvamos a esa Reconquista de la que tanto me gusta hablar porque es una fuente inagotable de enseñanzas.

Según la "verdad oficial" comúnmente aceptada hoy en España, la conquista y ocupación musulmana supuso un gran avance civilizador para nuestros antepasados, los cuales vieron llegar, junto a los árabes y beréberes que desembarcaron en la península, la sabiduría perdida de la Grecia clásica, el refinamiento en la gastronomía o el vestido, y las más avanzadas técnicas de agricultura. ¡Falso! No hay más que ver en qué se traduce hoy el avance de los

yihadistas por Irak y Siria o por África y el Magreb para hacerse una idea de lo que debió ser aquello. Es exactamente lo mismo que relatan las crónicas de la época de ambos bandos; es decir, tanto las cristianas como las musulmanas.

Cacerías despiadadas en busca de esclavos cristianos para vender en los mercados de carne humana que proliferaban en aquel mundo. Un espectáculo aterrador de cabezas cortadas apiladas en pirámides en los cruces de caminos, como siniestro aviso a navegantes, o bien cargadas en carros enviados a Córdoba para decorar las almenas del Alcázar Real. Exactamente lo mismo que hacen los yihadistas del Estado Islámico, hoy, en las plazas de Mosul, ante nuestra pasividad suicida.

La conquista fue brutal y despiadada. La superioridad de fuerzas con respecto al Reino de Asturias, en el que se refugiaba la España cristiana, abrumadora. La crueldad, infinita. Lo que dio la victoria final a los cristianos fue su determinación a preservar su fe y su tierra, entendiendo como tal el conjunto de la península. O sea, traducido a términos contemporáneos, SU DIGNIDAD. SUS PRINCIPIOS.

¿Qué nos enseña este episodio clave de nuestra historia, la de España la de Europa, porque lo sucedido aquí fue clave para todo el continente? Que si la dignidad no se defiende desde posiciones inexpugnables, si no se convierte en un bastión, incluso a costa de aceptar el conflicto y entrar en batalla, se pierde más pronto que tarde. Y una vez que se ha agrietado, es muy difícil y costoso recuperarla. En el terreno personal, por cierto, ocurre exactamente lo mismo, aunque ahí las batallas sean silenciosas e invisibles.

Mientras empezaba a escribir la Visigoda y conocía a Mauregato, el rey holgazán y cobarde que prefirió entregar doncellas cristianas como tributo a los harenes musulmanes antes que combatir al invasor, José Luis Rodríguez Zapatero traicionaba el pacto Por las Libertades y contra el Terrorismo, que él mismo había propuesto, para negociar con ETA una paz claudicante basada en el olvido y la impunidad.

Curiosa coincidencia ¿verdad?

Después de Mauregato vino Bermudo, apodado el Diácono, que abdicó el trono tras la derrota de Bureba, incapaz de asumir el peso de la corona. Y tras él, finalmente, llegó Alfonso II, cuyo largo y fructífero reinado marcó la consolidación definitiva del Reino de Asturias, embrión de la España actual.

Y es que ante la amenaza y la capacidad de inspirar terror, ayer como hoy, hoy exactamente igual que ayer, aunque con métodos diferentes, unos se arrugan sacrificando su honor en el altar de una presunta “paz” comprada a costa de tributos, y otros combaten. Los Reyes Holgazanes se sometieron y pagaron. Alfonso, por el contrario, decidió plantar cara y resistir, en condiciones durísimas, porque creía en lo que hacía y tenía claro que merecía la pena sacrificar la comodidad por defender su territorio y su fe, valores supremos en el tiempo de su vida. Porque tenía principios nítidos, valentía suficiente para defenderlos y la dignidad imprescindible para mantenerlos intactos y no ir adaptándolos al desarrollo de los acontecimientos.

Les sugiero que hagan un ejercicio de imaginación y busquen en la actualidad personajes y situaciones extrapolables. No es difícil encontrarlos...

La Yihad está viviendo momentos de auge muy similares a los que yo narro en mis dos primeras novelas. El terrorismo es la versión contemporánea de la guerra santa, y encuentra su caldo de cultivo en unas sociedades sumidas en la ignorancia, la ausencia de valores y/o la corrupción, que se entregan en brazos del integrismo religioso promotor de dicha barbarie. Ellos sí que están lanzados a una reconquista violenta de lo que consideran suyo, empezando por España, mientras aquí optamos por políticas de apaciguamiento que incluyen propuestas, como esa de la Alianza de Civilizaciones, que el Partido Popular acaba de reactivar la semana pasada instando al Gobierno a “promover el diálogo intercultural e interreligioso a través de instituciones como la Alianza de las Civilizaciones” (sic) que sigue recibiendo subvenciones del ministerio de asuntos exteriores.

El Museo de las Navas de Tolosa, que cuenta con una web pagada con dinero público “invita al visitante a profundizar en el debate de la multiculturalidad y el diálogo entre civilizaciones, desde una reflexión crítica sobre los conflictos que vivimos en la actualidad y como una pequeña aportación a la cultura de la paz.”

Pero, con ser el terrorismo una amenaza terrible, el peligro va mucho más allá, porque lo que parece estar en juego es nuestra capacidad para sostener con el necesario vigor los pilares sobre los que se asienta esta civilización levantada con tanto esfuerzo y tanta sangre derramada. Dicho de otro modo: Nuestra voluntad de defender a cualquier precio los valores que nos han hecho libres e iguales en derechos y obligaciones, voluntad que exige como requisito previo la asunción de que se trata de valores superiores y no equivalentes a cualesquiera otros.

No hay tal.

Estamos sumidos en el relativismo cultural, que es equiparable al relativismo moral e igual de destructivo para la conciencia colectiva de una nación. Y hay que combatirlos.

Ni todas las culturas son equivalentes, ni mucho menos lo son todos los códigos de valores. Es discutible que lo fueran en el año 800, cuando cabalgaban los fieros Hixam y Alfonso el Casto, pero en ningún caso lo son hoy, dada la deriva opuesta que han tomado nuestros respectivos mundos, uno hacia el progreso y otro hacia las tinieblas. Pero el dilema es idéntico. La encrucijada es la misma. ¿Someterse o combatir? ¿Alianza de civilizaciones o defensa de la nuestra? ¿Pragmatismo o coherencia? ¿Dignidad o comodidad?

A nuestro compatriota Miguel Servet lo quemó en efígie la Inquisición católica y lo abrasó en la hoguera la de Calvino, con la cabeza coronada de azufre y leña verde a los pies destinada a prolongar su agonía, declarado culpable de ofender a la Cristiandad al negar el misterio de la Santísima Trinidad. La realidad es que la Europa del siglo XVI, al igual que el mundo islámico de hoy, no podía consentir que llevara a la práctica la máxima que presidió su vida y debería presidir la nuestra, al menos la de los periodistas y políticos. A saber; que todo lo que puede ser pensado puede ser dicho, discutido y hecho. Es más; debe ser dicho, discutido y hecho.

Siglos después, el director y once integrantes de la redacción del semanario Charly Hebdo morían acribillados por dos yihadistas empeñados en vengar sus presuntas ofensas a Mahoma. Uno y otros se atrevieron a desafiar los dogmas de su tiempo y desacralizar lo más sagrado de sus sociedades, conscientes del riesgo que corrían. Pagaron un precio altísimo por su atrevimiento. Entregaron sus vidas en defensa de sus creencias y parecen condenados, además, al baúl que la Historia destina a los cándidos soñadores, porque el coraje no está de moda.

La valentía cotiza a la baja y empieza a denominarse “provocación”. Lo políticamente correcto en este mundo consiste en agachar el testuz ante la intimidación y ceder terreno a los fanáticos de uno u otro signo. La claudicación se ha convertido en “diálogo”. La violencia aplicada a cualquier creencia resulta el más eficaz de los argumentos. La vieja fuerza de la razón que invocaron los seguidores de Erasmo ha sido sustituida por la razón de la fuerza, que se manifiesta en violencia callejera, amenazas y coacción.

Yo, que voy en dirección contraria por esta autopista, sigo creyendo en la libertad. Sigo creyendo en la valentía y el honor, aunque sean conceptos en desuso. Por eso he recogido en mis novelas la peripecia de quienes lucharon contra la tentación de ceder a la cobardía, en la Edad Media o durante los Años de Plomo. De quienes vencieron el miedo y se aferraron a la fe, a los principios y a la dignidad para devolver a su patria la identidad que le habían arrebatado o pretendían arrebatarse. De quienes empezaron a levantar con su sangre, la de entonces y la de ahora, la España que hoy disfrutamos y que está seriamente amenazada.

También he contado historias de amor y de heroísmo, porque sin amor ni heroísmo la vida y la literatura no tienen interés ni sentido. Porque son el amor, el valor, la locura y la pasión las emociones que nos redimen de la tentación de rendirnos y proporcionan combustible a las convicciones del intelecto.

Y porque, por supuesto, creo en la esperanza, entendida, como dice uno de los personajes de *Un Reino Lejano*, como una actitud ante la vida y ante uno mismo. Un no abandonarse a las circunstancias y creer en tus propias capacidades y tu valor para superar lo que acontezca, con el fin de ser el dueño de tu destino.

En ese mirarse al espejo y reconocerse en cada arruga de la piel y del alma radica la dignidad. Y en la dignidad, la esperanza que va de su mano y SIN LA CUAL NO HAY FUTURO POSIBLE.

Muchas gracias